

## CONSIDERACIONES DEL TRADUCTOR (1)

Deseoso de iniciarme en las peripecias de un drama, cuyo desenlace había previsto antes de la partida á México de los jóvenes archiduques de Austria, acabo de traducir la primera serie de las *ULTIMAS HORAS DEL IMPERIO*. Esta obra es debida á la pluma del general Arellano, uno de los últimos defensores del augusto mártir de Querétaro. El triste recuerdo del Imperio efímero de Maximiliano I, no será extinguido en el lago de sangre que la tierra mexicana no consume aún.

El pensamiento de la expedición francesa en México y del establecimiento de un Imperio en el país que domina el golfo, donde debe dirimirse, antes de poco, entre latinos y anglosajones, la gran cuestión de la supremacía universal, perdurará como uno de los más grandes que hayan sido concebidos en el siglo; y cuanto mejor se conozcan las causas que lo han hecho fracasar, tanto más

(1) Estas consideraciones salen á luz por primera vez en castellano.

sentiráse acrecer el desprecio ó la piedad para la mayor parte de los hombres encargados de realizarlo.

De cualquier modo, los actos de esos hombres no son un argumento contra el pensamiento, vencido en apariencia. La prueba es que hoy, para toda la gente seria, es preciso ó que la raza latina trabaje de nuevo en realizarlo ó que renuncie para siempre á su influencia sobre los pueblos de que fué en otro tiempo el iniciador.

De todas las regiones americanas, México es la más rica y fértil. Hace seis años, como hoy, los recuerdos del pasado, las lecciones del presente y los peligros del porvenir, ó imponían á este país la restauración del gobierno monárquico ó al menos el ejercicio de una dictadura dilatada y capaz de someter de una vez á instituciones regulares á las poblaciones devastadas por la anarquía.

Por lo demás, el sentimiento monárquico absoluto está de tal modo arraigado entre las diferentes razas, cuyos descendientes pueblan todavía el vasto territorio de Nueva España, que cincuenta años de luchas revolucionarias no han sido suficientes para quebrantarlo.

En México, las instituciones monárquicas se pierden en la noche de los tiempos. Haciendo á un lado sus orígenes misteriosos, conviene seguir el progreso de su influencia

sobre las poblaciones que han ocupado sucesivamente este país, desde la primera de las grandes emigraciones, de la región norte del Anáhuac hacia la planicie central de la cordillera de los Andes, y comprobar que el gobierno de uno solo ha prevalecido siempre entre ellas.

Los toltecas se detuvieron primero en la planicie de que acabamos de hablar. Allí construyeron numerosas ciudades, de las cuales los siglos han respetado algunas, y cuyas ruínas, en su mayor parte, causan todavía admiración y asombro. Reyes hereditarios gobernaron siempre esta nación, destruida más tarde por la guerra, la peste y el hambre.

Los chichimecas, venidos también del norte y causa principal de la destrucción de los toltecas, corrieron igual suerte, pero siempre obedeciendo á la ley de uno solo, fortalecida por la herencia. En fin, llegaron los aztecas, cuyas excepcionales condiciones físicas y morales y cuya índole guerrera y aventurera debían colocarles en posición de anadar ó absorber pronto á las poblaciones á cuyo seno habían llegado, igualmente del norte, en busca de refugio contra la miseria.

Fué en el pintoresco valle de México, en las célebres riberas del lago de Texcoco, donde los aztecas se establecieron. Allí fueron sometidos desde luego á las leyes duras que

les impusieron las naciones cuya hospitalidad habían implorado. Pero bien pronto, obedeciendo á su naturaleza emprendedora, y sintiéndose llamados para grandes destinos, entraron en lucha con ellas y no tardaron en triunfar. Como los romanos, fundaron un mismo imperio, aliándose sucesivamente con los vencidos, que absorbían en seguida; y, cuando los españoles llegaron á México, de que hicieron pronto la más rica de sus colonias, encontraron en Moctezuma al descendiente hereditario de los soberanos absolutos, bajo cuyo cetro los aztecas no habían dejado de existir y prosperar.

Nunca, pues, las razas nativas han conocido y querido conocer otra forma política que la de la monarquía absoluta ó de la dictadura, que es exactamente la misma cosa.

Después del reinado de Carlos V, que pudo añadir á sus numerosas coronas la del Nuevo Mundo, desafiando así al sol que desaparecía una hora de sus Estados, hasta el reinado de Fernando VII, en que la ruindad y traición de sus generales le despojaron de esta corona por instigación de Inglaterra, México ha sido gobernado por sesenta y dos virreyes, que el gobierno español envió allí. La sangre europea, al mezclarse con la que corría en las venas de las razas indias del Anáhuac, modificó profundamente el carac-

ter, las ideas religiosas, los usos y las costumbres de los habitantes de México; pero el sistema colonial de los españoles, lejos de debilitar su respeto y obediencia pasiva al poder soberano, no hizo más que aumentarlos y acabó por ahogar en su espíritu hasta la idea misma de la libertad, tal cual la comprenden los pueblos anglosajones.

Iturbide, soldado de fortuna, cuya carrera fué tan brillante como sus antecedentes, conquistó la independencia de México; mas apenas el nuevo Estado entró, el año 1821, en la gran familia de las naciones árabas de sí mismas, afirmó sus tendencias monárquicas y ofreció la corona á la casa de los Borbones, entonces reinante en España. No se comprendiendo cómo esta casa rehusó aceptarla, cuando se sabía los medios á que recurrió Inglaterra para debilitar en el mundo la influencia de las naciones latinas. La sublevación de Riego fué un desquite del pavor infundido á la corte de Isabel por la invencible Armada.

Ante esta repulsa, la Regencia, que había gobernado el país desde la proclamación de la Independencia, cedió el lugar al Imperio del libertador mismo, que fué aclamado con el nombre de Agustín I. ¿Qué otro testimonio más palpable podríase invocar para establecer las verdaderas tendencias de los mexicanos, al día siguiente todavía de su ma-

numisión del dominio español? Las divisiones de partidos, los odios fomentados por una lucha de once años, las ambiciones personales no satisfechas, las aspiraciones impacientes de los segundos del nuevo Emperador, que malquistaban su trono y rompían en sus manos el cetro que acababa de empuñar, prueban que nada es tan difícil como imponer por soberano á una nación á aquel que ha crecido de ciudadano sencillo entre sus hijos, que no pueden manifestar tendencias republicanas en un pueblo, el cual desde el día en que Iturbide debió abdicar en Tacubaya, no ha dejado, al contrario, de tender al restablecimiento de un poder enérgico y fuerte. Santa Anna no sostuvo la República, después de la muerte de Iturbide, sino por temor á la suerte que le cupo al Libertador, cuya sangre vertida debía ser de mal agüero á la institución manchada en ella. El nuevo amo, que debía un día preciarse del título de Alteza Serenísima, no se dió cuenta entonces de la obra que consumaba, puesto que la combatió más tarde él mismo en sus resultados; pero á partir desde el día de su triunfo, México fué lanzado hacia la pendiente fatal del abismo, tanto por la mano de los Estados Unidos, como por la de la anarquía interior, que alimentaron constantemente con sus subsidios y protecciones ocultas.

Gracias á los esfuerzos de los Estados Unidos en el Nuevo Mundo y á los de Inglaterra en el antiguo México, fué convertido, á la muerte de Iturbide, en una liza, en la cual las ambiciones personales, los intereses más despreciables y los más opuestos á los de la vieja Europa, los instintos políticos menos honrosos, no dejaron de tomar por juguete á la mayoría de los habitantes honrados y pacíficos, explotada audazmente desde entonces en beneficio de minorías rivales y turbulentas. La acción de estas minorías ha desmoralizado á una sociedad, entregada al desorden y al pillaje, al extinguir en ella, una por una, todas las esperanzas concebidas en la felicidad pública y al paralizar los ensayos intentados muchas veces con el fin de libertarla.

De 1821 á 1861, las rebeliones sucesivas de sus generales y sus presidentes, los nuos contra los otros, han impuesto á la nación mexicana, teniendo en cuenta el imperio de Iturbide, la república federal, la república unitaria y la dictadura, bajo la administración de dos regentes, de un gobierno provisional, de un emperador y de cincuenta y dos presidentes ó dictadores investidos por orden sucesivo, directamente, en el ínterin ó á intervalos, de poder supremo.

Pero en el seno de este caos perpetuo, re-

sultado de un ensayo imposible de instituciones para las que el país no estaba preparado, la mayoría de los mexicanos ha protestado siempre y ha intentado repetidas veces una restauración monárquica, en relación con sus costumbres. La población pacífica y sensata sabía bien que esta restauración podía sólomente hacerla gozar de la libertad, tal cual la comprenden los pueblos latinos, y preservar la independencia nacional de los ataques de que ha estado amenazada siempre, desde su origen, por un vecino tan envidioso como potente.

El genio de Chateaubriand no podía desconocer las tendencias de las antiguas colonias españolas y sobre todo de qué importancia era para la Europa latina la restauración deseada ardientemente por Nueva España y las provincias argentinas. La diplomacia francesa, inspirada por él en 1823, hizo esfuerzos reales para inducir á la corte de España á compartir á este respecto la opinión de Francia. Si ella hubiese podido salir feliz en su empresa, no sólomente los intereses de la Europa latina en el Nuevo Mundo y los de las poblaciones latinas de América se hubieran salvado, sino España no habría tenido que atravesar desde entonces las crisis de que perecerá quizá á su vez. Fernando VII se opuso con persistencia á los proyectos del gran-

de escritor. Inglaterra no tenía agentes á centenares en Madrid, Barcelona y el Escorial para impedir que una reciprocidad de la Europa continental no pusiera obstáculo, en América, á esta libertad de comercio, en cuyo nombre tantas naciones han estado por ella y están aún hoy condenadas á sucumbir en la anarquía.

Se puede tener idea de la fuerza de las tendencias monárquicas de los mexicanos, leyendo atentamente la obra que don José Hidalgo publicó con el título de *Notas para servir á la historia de los proyectos de restauración monárquica en México*. El autor, antiguo ministro plenipotenciario de México en la corte de Francia, desempeña un gran papel en los acontecimientos que precedieron al advenimiento de Maximiliano. Su autoridad en la materia es, pues, indiscutible. He aquí, además, hechos y fechas.

En 1827, el padre Arenas, que fué pasado por las armas con sus cómplices clericales, intenta la restauración del poder de los españoles. En la misma época, de Villele, sucesor de Chateaubriand, insiste, bajo una forma nueva, con Fernando VII, y apoya cerca de este soberano la candidatura del infante don Francisco de Paula al trono de Moctezuma, haciendo presente que bastaba para que tuviera buen éxito, que respondiese á las as-

piraciones de México, expresadas claramente en el tratado de Córdoba y el plan de Iguala. El ministro inglés Canning despierta en el espíritu de Fernando VII un sentimiento de envidia, cuya explosión impide que termine la obra de Villele, y obliga á Carlos X á renunciar del todo á los proyectos de Francia, por deferencia al monarca español.

En 1840, Gutiérrez Estrada, mexicano ilustre, patriota desinteresado, que ha consagrado toda su vida y toda su inteligencia al triunfo de una idea justa, propone al presidente Bustamante estudiar oficialmente la cuestión de saber si era inoportuno convocar una asamblea que decidiera entre la conservación de las instituciones republicanas ó el restablecimiento de las instituciones monárquicas, y para que, en este último caso, se llamase al trono á un príncipe extranjero. Se comprende de que modo esta proposición debió ser acogida por los hombres investidos del poder. Gutiérrez Estrada hallóse obligado á expatriarse, pero llevaba consigo el alma de su país.

Siempre en aumento la anarquía, el general Paredes, la primera inteligencia militar de México, se subleva en 1845 contra el sistema de gobierno entonces en vigor. Elevado á la presidencia, se ocupa, con apoyo del pueblo conservador, en preparar en el exterior y el interior la deseada restauración. Ala-

mán, cuyo genio como político é historiador es incontestable, combate en esta época, en el periódico *El Tiempo*, por el triunfo de la idea monárquica; pero la Europa latina se olvida todavía de sí misma: Paredes cae y la invasión de los Estados Unidos hace imposible la elevación al trono del hermano político de la reina de España, el infante don Enrique, candidato entonces de los mexicanos.

El partido que acababa de vender á los Estados Unidos, por un plato de lentejas, más de la mitad del territorio nacional, cedió luego el poder al general Santa Anna. Este general, investido de autoridad dictatorial y autorizado ampliamente para dar al gobierno la forma política que juzgase más conveniente, hace cuanto puede por restaurar la monarquía y confía esta vez oficialmente á Gutiérrez Estrada el arreglo de las negociaciones, que se frustran á consecuencia de la revolución española, de la guerra de Crimea y en fin de la nueva caída de Santa Anna.

Al gobierno emanado de la revolución de Ayutla sucede, en 1858, la administración de Zuloaga, que solicita inmediatamente el apoyo de Europa, y en particular el de Francia, para consolidar el orden en México. El gobierno francés exige la intervención de Inglaterra y los Estados Unidos, á la vez que la suya; España se obstina en su indiferencia,

sin pensar que por ella será castigada temprano ó tarde con la pérdida de la isla de Cuba; y Zuloaga sucumbe ante la anarquía.

El Gobierno provisional de Almonte declaró el año 1862, en Orizaba, que el presidente Miramón había solicitado igualmente la intervención de Europa. Miramón desmintió categóricamente esta afirmación, desde los Estados Unidos, donde se encontraba entonces, y desafió á la Regencia á publicar los documentos oficiales sobre los que se apoyaba para emitir semejante especie, que debían estar en México. Los documentos no se publicaron. Es verdad, sin embargo, que bajo la presidencia de Miramón, el general Almonte, su representante en París, encomendó á varios escritores, cuyas opiniones eran conformes á las suyas, publicar artículos y folletos acerca de la necesidad de una intervención europea en México.

La idea de una restauración monárquica había recorrido las diversas fases que acabamos de referir, cuando los excesos y las violencias del gobierno de Juárez pusieron en fin á Francia, Inglaterra y España en la imposibilidad de retroceder por más tiempo ante el propósito de una expedición. La Convención de Londres fué firmada; mas, antes de tratar de este asunto, es necesario decir algunas palabras sobre el carácter distintivo

de los partidos que han dominado sucesivamente en México, desde la proclamación de su independencia.

Ignórase por completo en Europa las condiciones de existencia y la naturaleza de estos partidos. Su designación no tendría para nosotros el significado que tiene para ellos. La oposición ha empleado con provecho nuestra ignorancia á este respecto para satisfacer sus pasiones egoistas en perjuicio de nuestros intereses; pero la verdad es que la poca atención prestada al estudio de la historia de los sucesos acaecidos entre los pueblos hispano-americanos, es causa de que nuestros oradores y publicistas más ilustres desbarren cuando se ocupan, en la tribuna ó la prensa, en las cuestiones que tienen relación con aquéllos. Por esto la opinión pública ha sido extraviada en estos últimos tiempos; y los gobiernos, cuya tendencia fatal es hoy obedecer al impulso de las masas, en vez de imponerles la suya, obran en contrario á los derechos y los intereses de Occidente, cuantas veces se levanta entre nosotros el espantajo de la pretendida democracia americana.

Sí los hombres que personifican en México el partido conservador, vivieran en Europa, es evidente que nuestros partidos más avanzados tendrían por muy honroso verlos figurar en sus filas. Amigos sinceros de la

independencia individual, que es la libertad propiamente dicha, están acostumbrados á ejercer todas las prácticas, sin haberse entregado nunca, con todo eso, al culto de la utopía. En cuanto á la audaz minoría, denominada liberal, no sabría tener nada de común aun con aquellos de nuestros conciudadanos que se han dejado llevar de los más grandes excesos demagógicos. Julio Favre no admitiría un instante que se estableciera la menor comparación entre él y ciertos jefes de esta minoría, si hubiera estado en posición de conocerles y apreciarles. Agentes en su mayor parte de los Estados Unidos, no aspiran á la libertad, sino á la absorción de su país; y como saben bien que ésta sólo será posible cuando él ya no exista moralmente, no perdonan medio para bastardearlo, entregándolo para ello á todos los horrores de la guerra civil.

Los dos partidos, admitiendo que el segundo merece ser así llamado, surgieron tales desde que estalló en México la insurrección contra el dominio español. El pretendido partido liberal ensayó conquistar la independencia, cuya proclamación fué el fin constante de las intrigas anglo-sajonas, pero retardó diez años su conquista. El partido conservador fué el que, bajo la dirección de Iturbide, la selló con su sangre, tras algunos meses de

luchas heroicas y leales; habiéndose intentado desde entonces, por todos los medios, arrebatarle el precio.

La independencia de México, conquistada y regularizada por los conservadores, no podía ser un peligro para los intereses latinos. La nueva nación, entrada en posesión de sí misma, ocupaba una situación geográfica maravillosa. Dominaba los dos mares. Las estaciones son en México una eterna primavera. La riqueza fabulosa de sus entrañas la ha colocado en posición de proveer de oro al resto del mundo. Su vasta extensión permitía á las poblaciones occidentales de Europa el enviarle su demasia; y he aquí justamente lo que Inglaterra luego y los Estados Unidos después quisieron impedir á toda costa, y de lo que Francia se habría preocupado incesantemente si su gobierno fuera digno de la misión que se ha hecho cargo de cumplir en el mundo.

Los Estados Unidos tuvieron sólo un pensamiento, desde que México se hizo independiente: hacerle teatro de una incesante anarquía, fomentar con este objeto discusiones sin término, armar á los partidos y subvencionarlos, apoderarse de todas las partes de su territorio y llegar así, por el dominio de todo el continente americano, á imponer más tarde su voluntad á los demás continentes.

El primer embajador que enviaron los Estados Unidos cerca del gobierno mexicano, tuvo por verdadera misión, no representar á su país, sino sembrar en México el germen de la discordia civil á fuerza de dinero, la creación de sociedades secretas, cuyo vasto y disolvente sistema no tardó en envolver á la joven nación. Las esperanzas concebidas fueron pronto colmadas. Los pueblos entusiastas llegan á ser rápidamente los mejores instrumentos de su pérdida, cuando sólidas instituciones no los protegen contra sí mismos. La agricultura, la industria, el comercio, las ciencias, las artes, la política, las costumbres y hasta las pasiones, fueron prontamente atacados de consunción, fomentada por la perfidia. Fuerza interior, prestigio exterior: todo fué anonadado; y, cuando los males del cuerpo social mexicano hubieron llegado á su colmo, la Unión Americana extendió su mano colosal, que retiró llena de la mayor parte del territorio de la nación, traicionada por la fortuna y abandonada por idiotismo de la Europa constitucional.

Esto no bastaba á la ambición de los Estados Unidos. Apenas terminada la guerra, que había costado á México tan inmenso sacrificio, el partido liberal, á instigación de la Casa Blanca, reanudó su obra con singular audacia; pero fué hasta 1855, después de la

revolución de Ayutla, cuando pudo, luego de haber derribado á Santa Anna, llevar de nuevo al colmo la anarquía y las desgracias de su patria. Los liberales tomaron empeño en extralimitar los excesos de la Revolución francesa, cuya causa sublime eran incapaces de comprender. Dejaron que agentes á sueldo de los Estados Unidos invadiesen la administración y el ejército, contrariaron de frente todas las tradiciones, hirieron todas las creencias, mancillaron las costumbres, pervertieron los usos, imaginaron y decretaron una Constitución, que no podía aplicarse un solo día, pero cuya forma y principios disolventes han servido de pretexto, durante once años consecutivos, á actos odiosos que han hecho correr torrentes de sangre y de lágrimas.

Mientras que los agentes de los Estados Unidos empeñábanse, por aversión á Europa, en acabar su obra demoledora, el partido conservador llega un instante á separar del poder á sus adversarios. Pero á éstos les bastaba dar aviso á la Unión Americana para recibir recursos en numerario, armas y hombres. Así no tardaron en ganar terreno, y los conservadores permanecieron combatiendo.

Entonces la demagogia mexicana realizó lo que los Estados Unidos habianle ordena-

do emprender con el nombre de *Reforma*. Se trataba de la ejecución de un vasto proyecto de regeneración, que debía rematar en realidad en la venta y la disipación inmediata de los inmensos bienes de manos muertas, cuyo producto, administrado regularmente, habría podido servir de base para la creación del crédito público mexicano y la consolidación de un estado de cosas floreciente.

Como un reto nuevo y más insultante aún que todos los lanzados precedentemente á la Europa latina, seis meses después de esta venta, cuyo producto ponía á la disposición de Juárez la totalidad de las riquezas, de que sus predecesores no habían podido nunca disponer, el gobierno liberal mexicano hizo bancarrota y decidió suspender durante dos años el pago de los intereses de la deuda extranjera. Por otra parte, el bandidaje tomaba en México, con respecto á los europeos, proporciones extraordinarias: eran públicamente asesinados sin que se pudiera obtener ninguna clase de satisfacción; los ministros plenipotenciarios no tenían más que abandonar un país, donde eran objeto de desprecio mal disimulado.

La hora había llegado, pues, para Europa, de intervenir y persistir en su intervención, hasta que un gobierno sólido le hubiere garantido, después de la partida de sus ejérci-

tos y sus flotas, que la Unión Americana no proseguiría resueltamente en su obra. El interés y el honor imponían una ley imperiosa de obrar en este sentido á Francia, Inglaterra y España, aisladas ó unidas, como les imponían una ley, en la misma época, proteger abiertamente á Jefferson Davis, para ocasionar el desmembramiento de los Estados Unidos. He dicho más arriba que la Convención de Londres fué firmada. Nadie ignora cómo Inglaterra demandó su ejecución. Lo que hoy acontece en España, es el resultado lógico de las revistas pasadas en Nueva York, en honor del general cumplimentado por su gobierno católico, que, al desertar de la causa de Europa, puso en manos de los yankees las llaves de la Habana. Y sin embargo, cuán grande era el pensamiento de la intervención, sobre todo si se la subordinaba á las consideraciones que no podían escapar á la previsión de una política profunda.

Decidida una vez la intervención, era indudable que la mayoría sana y conservadora de los mexicanos aprovecharía la ocasión para libertarse de la anarquía y constituir en fin sobre bases duraderas el gobierno del país. Era igualmente lógico y natural que esta mayoría contase al menos con el apoyo moral de la intervención europea para alcanzar un resultado, que protegería por siempre á Mé-

xico contra la absorción de que estaba amenazado por los Estados Unidos.

Ahora bien, impedida esta absorción, el poder del coloso tenía en adelante límites, en cuya conquista Europa debía ayudar á toda costa á los mexicanos, puesto que las consecuencias de este triunfo del derecho no podían dejar de ser la salvaguardia de nuestros intereses en el Nuevo Mundo, la preponderancia del comercio marítimo entre ambos continentes para la raza latina y finalmente la regeneración de un pueblo amigo, al que colocarían pronto en primer rango los elementos de que puede disponer sobre su suelo, el día en que estuviera en posición de utilizarlos.

Era especialmente la idea de imponer límites al desarrollo de la Unión Americana, lo que debía decidir á Europa á obrar en este sentido. La guerra civil, de que era teatro los Estados Unidos, hablaba con elocuencia á la raza latina y le advertía sobre lo que debía esperar de esos Estados cuando fuesen los dueños absolutos del Nuevo Mundo. Dos millones de soldados levantados é improvisados en algunos meses; un gasto cotidiano de diez á quince millones de francos, sostenido sin penuria aparente durante muchos años, ¿no eran hechos bastante elocuentes para inquietarnos y hacer-

nos comprender cuán ciegos hemos sido al dejar á la Unión Americana cuadruplicar en medio siglo el número de sus habitantes, duplicar su territorio por la adquisición de la Luisiana, aumentarlo todavía por la cesión de las dos Floridas y la absorción de la mitad del territorio mexicano, amenazar en fin á las Antillas, sin exigirle garantías contra este desenvolvimiento extraordinario?

Cuando el coloso anglo-sajón domine á los istmos que separan ambos océanos, las Antillas y el golfo de México; cuando haya llegado á bastarse á si mismo explotando las producciones de estas ricas comarcas con la ayuda de la industria, para la cual una emigración continua le lleva incesantemente secretos, monopolizará el oro y la plata, absorberá el comercio del Asia, arrojará en el mar los últimos restos de los hispano-americanos y, en llegando á aliarse con Rusia, dictará leyes al universo. Ahora bien, con un pueblo que se desarrolla intelectual y físicamente de manera tan inusitada, esta perspectiva de influencia y poder absolutos nos sabrá ser alejada. Dentro de algunos años, cuando se haya realizado, la historia dirá si el pensamiento de conjurar estos males, unido al deseo de vengar á nuestros compatriotas despojados y asesinados, á la vez que de ayudar á un pueblo digno de interés

para que recupere su puesto en la sociedad, no era grande, útil y bueno.

Apenas las fuerzas aliadas hubieron llegado á territorio mexicano, fueron paralizadas por causas, que enumeraremos más tarde en otro lugar, como si una maldición eterna pesara sobre este desgraciado país. El hábil Doblado, ministro de Juárez, sacando de las circunstancias y de los hombres todo el partido posible, ocasionó la ruptura de la Convención de Londres por las mismas manos de aquellos que estaban encargados de su ejecución. Reembarcadas las tropas de Inglaterra y España, Francia permaneció sola frente á una situación, que, aunque no superior á su carácter, ni á su valor, decuplicaba sus dificultades la distancia inmensa que separa ambos océanos.

Se sabe como nuestro ejército prosiguió en la empresa regeneradora que tenia la misión de llevar á cabo. Detenido un instante por los azares de la guerra en su marcha hacia México, la continuó bien pronto victoriosamente; y desde que las guerrillas de Juárez fueron derrotadas en Puebla, nuestras tropas recibieron coronas y manifestaciones de reconocimiento de las poblaciones que creyéronse entonces libertadas de los horrores de la guerra civil.

Se ha visto como en el momento mismo

en que las principales potencias europeas decidieron á intervenir en México, el partido conservador pensaba, como siempre, en obtener provecho de una intervención, si se verificaba para restaurar la monarquía. Desde que fué decidida, los agentes de este partido, que se encontraban en Europa, formaron el proyecto de ofrecer la corona al duque de Módena; proposiciones semejantes hicieron á la hermana del rey de España, la infanta doña Josefa, en interés de su primogénito, que acababa de entrar en la escuela militar de Segovia, dando las más brillantes esperanzas; mas no habiendo podido tener buen éxito por ninguno de estos dos lados, pensaron en el archiduque Maximiliano de Austria, cuyos antecedentes y reputación parecían á la altura de la misión que se trataba de hacerle aceptar. El gobierno francés, con afirmar y todo que no quería imponer instituciones, ni un soberano á México, tenía, sin embargo, simpatías por la idea de ver elevar un trono en favor de este candidato. Haré en otra parte, según los documentos más auténticos, el relato de las relaciones personales que se establecieron entonces entre el emperador y la emperatriz de los franceses y los jóvenes archiduques. He leído en Miramar cartas preciosas y he sido autorizado para tomar copia de ellas, que no

dejan duda alguna sobre la parte de responsabilidad que resulta á todos en la dirección dada más tarde á la política interior de México por el nuevo soberano.

Una vez ocupada la capital por las tropas francesas y las regulares mexicanas, aliadas á la Intervención, fué proclamado el Imperio por la mayoría inmensa de los habitantes y sobre todo por lo más escogido de los habitantes de todos los rangos y todas las clases; pero se sabe que el Archiduque puso por condición expresa de su aceptación, que fuera electo por la mayoría de la nación y no solamente por la de los habitantes de México ó de las provincias situadas entre esta ciudad y Veracruz. Los ejércitos franco-mexicanos penetraron de seguida en el interior del país, de que ocuparon las nueve décimas partes. La acogida que recibieron está presente en la memoria de nuestros oficiales, cuyas palabras atestiguan el reconocimiento de que eran objeto. Maximiliano I obtuvo tantos sufragios como ninguno de los poderes anteriores al suyo reunió desde que México conquistó su independencia.

Entonces, y sólo entonces, el archiduque aceptó la corona de manera definitiva. Salvó los mares con su joven compañera, después de haber testificado en las Tullerías que se alejaba de acuerdo con Napo-

león III y, en Roma, que partía contando con las bendiciones del jefe de la Iglesia. Desembarcó en las playas de su nueva patria, que recorrió de Veracruz á México, bajo arcos triunfales, á las aclamaciones entusiastas de los habitantes, cuya alegría rayaba en delirio. En los viajes que poco tiempo después emprendió á otras provincias, se convenció de que igual entusiasmo reinaba, inspirado por las mismas esperanzas.

Nunca la regeneración de un pueblo había sido emprendida en condiciones tan felices y bajo auspicios tan favorables. Nunca tantos elementos de éxito habían sido puestos á disposición de un príncipe. Nunca nación alguna consumida por la anarquía habiase prestado con mejor voluntad á la obra de su salvación. Nunca, en fin, una empresa, de las proporciones colosales de la Intervención francesa y habiendo debido frustrarse por tantos obstáculos, fué conducida á la mitad de su tarea con mayor fortuna y facilidad. Un poco de tacto, una marcha política conforme á la lógica del pasado, cierta dosis de abnegación, algún agradecimiento á los hombres, buena fé, energía y constancia bastaban para coronar la obra. Mas ¡ay! hemos llegado al momento en que la estrella de los destinos de Maximiliano y del nuevo Imperio, habiendo alcanzado el

zenit, va á descender al horizonte, oscurecido de pronto por las nubes que la traición acumula, y á desaparecer por fin bajo el velo sangriento del Cerro de las Campanas.

¿Por qué ha acontecido esto? ¿Quién ha extinguido el gran pensamiento concebido? ¿Qué mano más fuerte que la voluntad de todo un pueblo ha derribado el trono edificado por él? ¿Cómo es que el ídolo de una nación ha podido sucumbir en su mismo suelo, á los golpes de sus enemigos? ¿Quién ha hecho surgir todos los males para México, de un acontecimiento que le prometía todos los bienes? ¿Qué serie de faltas ha podido comprometer, no por muy largos años, sino para siempre, la causa de la raza latina en América? Sería preciso, para contestar todas estas preguntas, arrancar á muchos hombres, que viven entre nosotros, el secreto de su conducta pasada; pero se puede, al menos, contestarlas en parte, revelando ciertos acontecimientos ignorados aún de la historia y que son la llave de otros que han permanecido hasta hoy tan enigmáticos como ilógicos para todos los hombres serios.

Cada cosa en su lugar: cumplamos desde luego con la menos penosa para nuestros sentimientos.

A menudo en la vida privada de los mo-

narcas es preciso buscar el móvil de su vida pública. Los derechos de primogenitura y la predilección eterna engendraron profunda y secreta antipatía entre los archiduques de Austria, Francisco José y Maximiliano. Esta antipatía debía ejercer grande y funesta influencia, no sólomente sobre su porvenir, sino sobre el del mundo. La princesa Sofía, madre de los dos archiduques, amaba en exceso á Maximiliano, cuya naturaleza simpática, inteligente y henchida siempre de arranques superiores á su edad, hablaba al corazón de la mujer. Hubiérase dicho por eso que leía ella en la frente del niño la sangrienta profecía del destino.

Una doble abdicación hizo pasar la corona austriaca á la cabeza del príncipe, que para defenderla no debía combatir en Sadowa; sino, al contrario, confiar á de Beust, después de esta batalla, el cuidado de apresurar en Europa la ruina de las ideas alcanzadas en Querétaro por las balas que han destrozado el pecho de su hermano. Francisco José, elevado á la dignidad de Emperador, Maximiliano adquiría derechos eventuales á la corona. Desde entonces la antipatía que dividía á los dos hermanos, revistió formas visibles en las diversas condiciones en que iban á ser colocados por los acontecimientos. El Emperador de Austria parecía afecto á la carre-

ra militar; Maximiliano la desdeñó por la marina. El Emperador de Austria obedecía todavía á las tradiciones de su familia; Maximiliano, y esto debía ser causa de su pérdida, afectó un liberalismo exagerado, capaz de inspirar inquietudes al soberano, cuyo prestigio disminuía, tanto como hería los sentimientos de su hermano. Todos los actos de Maximiliano parecían dictados por una verdadera oposición sistemática á Francisco José. Reconocí, desde mi arribo á Miramar, los estragos operados en el alma generosa del archiduque por la convicción en que estaba de su superioridad sobre su hermano y por el deseo que tenía de hacerla conocer, empleando justamente para esto el único medio propio para causarle su pérdida. Y lo que hacía irreparables esos estragos, es que altas influencias exteriores desenvolvían en el archiduque la convicción, la cual corroboró el tiempo, de que los príncipes buscan fuera de su conciencia y su fe los elementos de su voluntad, es decir, que reconocen de muy buena fe que no tienen ninguna razón de ser. Esta convicción está destinada quizás á facilitar el tránsito de un orden de cosas reprobado á otro, cuyas bases están por hallarse aún; mas, de seguro, ella precipitará del trono á todos los soberanos que la dividan. Además, es notorio que si la superioridad inte-

lectual ó el mayor ó menor liberalismo podían ser erigidos en derecho de advenimiento al poder, aquel que hubiera derribado la víspera á un soberano, á título de más inteligente y más liberal, debería ceder mañana el lugar á otro, porque la inteligencia y el liberalismo no tienen límites conocidos. Estas son insensateces, cuyo monopolio pagará muy caro la sociedad moderna y que debían costar la vida á Maximiliano.

Se afirma que el Emperador de Austria, por su parte, buscaba la ocasión de alejar de sí á su hermano, de suerte que la elevación de éste último al trono de México tenía la doble ventaja de colmar las aspiraciones del uno, al ofrecer al otro la oportunidad de desembarazarse de un rival peligroso. Así, el permiso de aceptar la corona de Moctezuma fué pronto concedido á Maximiliano, pero á condición de que renunciaría á sus derechos eventuales al gobierno de Austria. Esta renuncia fué consagrada por el pacto de familia firmado en Miramar, pacto que llegó á ser el motivo de la ruptura completa entre ambos hermanos. En efecto, desde su llegada á México, el primer cuidado de Maximiliano fué protestar contra ese pacto, basándose sobre lo que Francisco José había comunicado al Reichsrath. He aquí de qué comentarios acompañó su protesta: "Sin duda alguna hu-

biese sido más prudente, escribió, que el Emperador de Austria cubriese con velo más espeso todo lo que ha tratado en el último convenio, arrancado á su hermano en un momento supremo; porque es preciso no perder de vista que por su iniciativa le fué ofrecido el trono de México al archiduque Maximiliano."

Animado de semejantes sentimientos, el nuevo Emperador no podía estar preocupado más que por el deseo de aumentar en Europa su popularidad, siguiendo en México una política diametralmente opuesta á la de su hermano en el gobierno de su país. El trono de Moctezuma era sólo un escalón que le aproximaba al trono de los Hapsburgo. Así, puso tal persistencia en la marcha que se había impuesto, que aquellos que no estaban al corriente de los móviles secretos de su conducta, pusieron en duda la pureza de sus intenciones.

El programa del partido á cuya cabeza se encontraba Juárez, había ensangrentado á México durante diez años consecutivos. La nación, deseosa de protestar contra ese programa y de restablecer la autoridad sobre bases inquebrantables, no podía haber electo á Maximiliano con el único y peregrino fin de substituir á Juárez por un archiduque extranjero, para proseguir una política idénti-

ca á la del presidente liberal, porque el sentimiento nacional habría dado la preferencia al jefe mexicano, en su aplicación. Maximiliano, desde su arribo á México, determinóse enérgicamente en favor de la política juarista. El nombramiento de su ministerio no pudo dejar duda alguna á los conservadores acerca de los actos de que iban á ser las víctimas, así como sus ideas. Por lo tanto, ya se podía prever el término fatal del naciente imperio.

La presidencia del ministerio imperial fué dada á Ramírez, hombre erudito, abogado ilustre, arqueólogo distinguido; pero que había perdido todo su prestigio y estaba en realidad muerto políticamente desde la presidencia de Arista, cuyo gabinete dirigió. Además, Ramírez pertenecía ostensiblemente al partido liberal y acababa de rehusar el sentarse entre los miembros de la junta de notables, que había proclamado el imperio en favor de Maximiliano. Sus colegas de ministerio eran tránsfugas del mismo partido, y algunos hombres nulos desde todos conceptos.

El nuevo Emperador, así rodeado de sus enemigos, traicionado sin cesar por aquellos cuyas disposiciones le impelían cada día al abismo, obedeciendo á la lógica fatal de sus designios, procedió á la anulación del partido conservador, el solo, sin embargo, que le

había coronado, el solo que podía salvarle, el solo, cuyos jefes principales debían morir por él. Este partido recibió, por única recompensa de su adhesión, el desprecio del Soberano, quien, á veces también, aprovechó todas las ocasiones para cubrirle de ridículo. El Emperador y la Emperatriz, en sus conversaciones particulares y su correspondencia oficial, no se reprimían para tratar de *cangrejos* á los hombres (1) entre quienes ninguno retrocedió después, cuando se trató de verter su sangre. Ahora bien, este epíteto injurioso era el mismo de que se servían los juaristas para calificar á los conservadores. No sólomente todo lo que había sido hecho por los ultraliberales fué ratificado, sino se fué más allá que ellos; y, mientras que se declaraba legales todos los actos de la administración anárquica, rehusábase este honor á la administración de Miramón, reconocido como presidente por México y todos los gobiernos europeos.

El ejército conservador había prestado servicios inmensos á la Intervención. Una persecución, tan encarnizada como injusta, lle-

[1] No debe olvidarse, para estimar estas preciosas afirmaciones, que el mismo Arellano es el autor, como ya lo hemos dicho, de estas *Consideraciones*, en cuya corrección francesa puso únicamente la mano Hugelmann. [*Nota de A. P.*]

vóse á cabo contra los generales de este ejército y sus más distinguidos oficiales en todos grados. Miramón, Márquez, Arellano, entre otros, fueron condenados á un destierro mal disimulado, ó á prisión. El clero no tuvo concesión alguna; el crédito público fué abandonado á sí mismo y los liberales tráfugas pudieron dejar á la ventura los millones del empréstito francés, que los traidores de otro género y de otro país no habían podido dividirse entre sí. Así fué como el Emperador Maximiliano, descarriado por las doctrinas de las escuelas alemanas más exageradas que hayan surgido del sistema de Kant, creía llevar la misión monárquica que había aceptado y hacía de buena fe todo lo que era preciso para sucumbir como Luis XVI, entregando para siempre á su país adoptivo á los horrores, de que había contraído el deber de libertarle. En vez de dominar por encima de las exigencias exclusivas de los partidos, no era ya en realidad sino el instrumento de la minoría demagógica que debía herirle, y de la cual apresuraba el triunfo abriendo de par en par las puertas de los palacios imperiales á los desertores aparentes de la causa de Juárez. Entre tanto, las tropas de éste último, armadas, protegidas por los Estados Unidos, favorecidas por las disposiciones del gobierno de Maximiliano, concentraban y aumen-

taban sus fuerzas, sentían crecer sus esperanzas y preparábanse á tomar de nuevo la ofensiva, el día en que sus aliados de la Unión Americana ocasionaran extraño pánico por su intervención, de la cual alguna vez escribiré la historia.

Los abogados Ortega y Vázquez, defensores de Maximiliano ante el consejo de guerra que le condenó, expresábanse así á propósito de la política del soberano: "Este no sólo toleró, sino que mostró una decidida inclinación, amparó y protegió á sus adversarios políticos, partidarios de las instituciones republicanas." Pero entonces, infortunado, ¿con qué derecho osaste, por tu presencia en el trono, contrariar de frente estas instituciones y estos hombres? ¡Ay! Esta es una pregunta que sería preciso por desgracia dirigir á la mayor parte de los soberanos de Europa, cuya conducta es una protesta continua contra la existencia de su corona, quienes, encargados por la Providencia ó la aclamación de los pueblos de regir los destinos de las naciones, hacen todo lo que es necesario para apresurar la llegada del cataclismo, que debe anonadar todo.

Los propósitos de los Estados Unidos respecto á la evacuación de México por las tropas francesas, eran admirablemente secundados por los ministros de Maximiliano,

encargados de procurar pretextos para la renuncia de Francia. No se reprimian para dar á entender que no teníamos otro derecho que el de enviar millones á México y sacrificar á nuestros hijos en la defensa de un trono combatido más eficazmente por los que lo rodeaban que por las guerrillas republicanas. Por eso los abogados de Maximiliano dijeron más tarde en su defensa: "Llegado á México, todos sus esfuerzos se dirigieron á disminuir la influencia francesa hasta donde era posible, supuestas las exigencias especiales de su posición." Por eso se pudo inducir al desgraciado príncipe á declarar en sus discursos oficiales y sus conversaciones, cuando nuestro ejército abandonó su Imperio, que se felicitaba de estar libre al fin de la influencia extranjera.

Cuando fué decidida la intervención francesa, el gobierno de Napoleón III, reconociendo que la barrera más segura que había que oponer á la invasión de los Estados Unidos, era la colonización de Sonora y la explotación de las riquezas fabulosas de esta provincia, había estipulado su cesión á Francia con el general Almonte y más tarde con la Regencia de este general, ó al menos el privilegio de explotarla en condiciones que permitieran al nuevo Imperio cubrir sus gastos é indemnizarnos de los nuestros. Un

tratado había sido también aprobado; pero Maximiliano, siempre preocupado por conservar intacto su prestigio á vista de sus enemigos, rehusó ratificarlo. He aquí, por lo demás, cómo sus defensores se expresaron acerca de este asunto ante el consejo de guerra, desnaturalizando la importancia y el fin del tratado, así como el origen de la resolución tomada por el Emperador de permanecer en México, después de la retirada de nuestras tropas: "No es menos falso el de haber sido instrumento de los franceses. Luis Napoleón exigía que en el tratado de Miramar se incluyera un artículo, en el que se ratificaran todos los actos de la llamada Regencia. El objeto de esa estipulación era que quedara ratificado un tratado concluido entre el ministro diplomático francés y la llamada Regencia, que importaba la pérdida de Sonora para la nación y su adquisición por el gobierno francés. El Archiduque, después de haber aceptado la corona, declaró que dejaría más bien de venir á México que firmar tal estipulación; y de hecho, el tratado de Miramar se redactó sin contenerla. Llegado á México, uno de sus primeros actos fué destituir á don José Miguel Arroyo, que se había prestado á firmar con el ministro francés el tratado relativo á Sonora, habiendo tenido nuestro defendido

sobre esa materia diversas contestaciones sumamente desagradables con Mr. Montholon, que le enagenaron completamente la buena voluntad de los franceses.

“Una de las principales causas que en Orizaba lo obligaron á tomar la resolución de permanecer en el país, fué que se le presentaron datos que le hicieron creer que había una combinación entre el gobierno de los Estados Unidos y el gobierno francés, para imponer á la nación mexicana un gobierno contrario á su voluntad. Tan lejos así estuvo nuestro defendido de ser instrumento ciego de la intervención francesa.” Don Miguel Arroyo protestó contra la aserción relativa á Sonora y declaró que se trataba únicamente de explotar sus minas. En cuanto al pretendido acuerdo, entre el gobierno francés y el de los Estados Unidos, el tiempo se ha encargado de probar que los Estados Unidos no han ofrecido á este respecto más satisfacción á Francia, que Prusia para todo lo que se le ha dejado ejecutar de contrario á la causa latina en Europa.

Ahora no quiero examinar si la falta de ejecución de las estipulaciones de la Convención de Miramar, á causa de la política interior seguida por Maximiliano, imponía á Francia el deber de ceder á las amenazas

de la Unión Americana y dejar el drama comenzado á que tuviera su desenlace en Querétaro. Por mi parte creo todo lo contrario, y continuó en la narración de los acontecimientos.

La inesperada marcha política del Imperio naciente aseguró brevemente la pacificación de las provincias. Un movimiento general de reacción respondió á las faltas increíbles del gobierno imperial; y desde que comenzó la desocupación del territorio por el ejército francés, las tropas republicanas, recuperando su entusiasmo, se posesionaron sucesivamente de las poblaciones, que impedía defender la desorganización del ejército nacional. Entonces Maximiliano pensó en abandonar á México, sin renunciar, sin embargo, á la corona. Con este objeto se dirigió á Orizaba, ciudad situada al oriente del país, á cuarenta leguas de Veracruz, comunicó su resolución á la casa de Austria y esperó respuesta. La archiduquesa Sofía, su madre, fué encargada, por Francisco José, de contestar á su hermano: que si volvía á Europa en estas condiciones, le sería prohibida la entrada en territorio austriaco. ¡Y se dice que faltan asuntos para una tragedia, en nuestra época!

Antes de su partida á Orizaba y quizás aleccionado al fin por los acontecimientos

sobre la insensatez de sus tendencias liberales y la mayor ó menor eficacia de los consejos que recibiera, Maximiliano tentó tardíamente una evolución política, nombrando un gabinete conservador. Desde que conoció la resolución de la casa de Austria, llamó cerca de sí á los miembros de este gabinete y al consejo de estado, para saber si debía, á su parecer, ceder el puesto ó conservarlo. La opinión unánime fué que debía conservarlo. Maximiliano sometióse á ella y, tornando á ser el digno heredero de sus abuelos, entró en México, de donde no volvería á salir, sino para ir á Querétaro á recoger la palma del heroísmo y el martirio.

Mexicanos de autoridad por su abnegación y carácter, sostienen que el Imperio podía salvarse todavía en este momento. El reducido ejército conservador habíase reconstituido con premura. Por desgracia, como expiación de sus errores que le impuso la Providencia, Maximiliano no pudo pedir su salvación más que á los hombres que su gobierno había perseguido con tanta pasión como injusticia. Miramón, Márquez y Arrellano recibieron y aceptaron la misión difícil de sostener al Emperador en el instante supremo. Dos de entre ellos, abnegados y leales á Maximiliano y colocados por él á la cabeza de las tropas sitiadas en Querétaro,

dirigieron con valor una defensa, que de pronto pareció imposible, y retardaron por dos meses la caída del desgraciado Soberano. El tercero, el general Márquez, se ocupó, según parece, en la ingratitud, cuando había sido colmado de favores en los días felices del Imperio, y preparó de antemano, para vengarse, la enorme traición, que entregó Maximiliano á sus verdugos.

Este libro ha sido escrito para hacer conocer al mundo la naturaleza, los detalles y las pruebas de esta traición. No pertenece á la multitud de esas publicaciones de actualidad, escritas sin criterio, sin autoridad, sin conciencia de los hechos, que, inmediatamente después de la caída de Maximiliano, han invadido la prensa con perjuicio de la justicia y la verdad. Las mentiras, las anécdotas apócrifas, los errores han así usurpado la misión de la historia y extraviado la opinión sobre uno de los más graves acontecimientos del siglo diez y nueve. Es tiempo de substituir esas publicaciones con escritos serios capaces de destruir el efecto de juicios equivocados ó apasionados, de restituir á los acontecimientos su cronología, de colocar en su época verdadera á los actores del drama mexicano y hacer conocer, en fin, toda la verdad, por cruel que pueda ser para muchas gentes.

Desaparecidos Maximiliano y Miramón, el general Arellano es el único que está en posición de revelar, con el carácter de historiador, las causas secretas que produjeron la caída de su Soberano, y de dar á los sucesos su fisonomía verdadera. La posición militar de este joven general; la importancia del papel que representó en el ejército, del que fué director supremo; la importancia de los trabajos que emprendió para que la resistencia de la plaza sitiada pudiese llegar á ser posible; su categoría de miembro y secretario del consejo de guerra que aseguró las grandes resoluciones tomadas por el Emperador, durante el sitio; la estima del Soberano, de quien fué entonces el confidente más íntimo; la estrecha amistad que no ha dejado de unirle á Miramón, después de su salida del Colegio Militar; y la parte que tomó en los asuntos de este general y los del Emperador, son otras tantas circunstancias á las cuales debe el general Arellano ser el alma de la defensa de Querétaro y haber adquirido el conocimiento de los hechos más secretos y la propiedad de los documentos preciosos, que publicará sucesivamente con los estudios que seguirán al presente. Su capacidad extraordinaria, la reputación científica de que goza, completan sus

títulos para que merezca la atención seria del lector.

A fuerza de audacia y gracias á una suerte extraordinaria, este general escapó milagrosamente del suplicio, después de la ocupación de la plaza de Querétaro. Tuvo en seguida la intrepidez y la felicidad de poder llegar á México bajo disfraz y penetrar en sus muros, á pesar de la presencia de los republicanos. Allí tuvo noticias de la conducta de Márquez y fué testigo de sus últimos actos, lo que le puso al alcance de darse cuenta perfectamente de todo lo que había hecho el traidor desde el día en que había abandonado á Querétaro con la misión de volver aprisa á la cabeza de fuerzas capaces de hacer retroceder á las de Escobedo. El general Arellano, comprendiendo la importancia de sus revelaciones, no ha perdonado nada para precisar su alcance, acompañándolas de pruebas irrecusables é indispensables, sobre todo para familiarizar al público con la idea de una traición apenas sospechada. De las páginas que van á seguir se escapanán torrentes de luz, con cuya ayuda será fácil impedir el crimen de substraerse al anatema universal. Se puede de hoy en adelante conocer y señalar á todos los que fueron traidores y abandonaron al Soberano. ¿Sucede lo mismo con aquellos que fueron traidores

á la humanidad en este gran desastre de la raza latina? No me atrevo á decirlo todavía; pero, en todo caso, ó mucho me engaño ó nos aproximamos á una hora terrible, cuya marcha en el cuadrante de los siglos sólo á Dios pertenece hacerla avanzar ó retroceder.

Octubre 25 de 1868.

G. HUGELMANN.

## INTRODUCCION

Si algún día la casa de Austria ó la augusta Emperatriz Carlota pueden ocuparse en rendir á la memoria del Emperador Maximiliano los homenajes que merece, creemos que les será indispensable recoger el informe de los generales (1) y las actas de los consejos

(1) Habiendo rehusado el cónsul de Austria en la Habana y el ministro de esa potencia en los Estados-Unidos, al comandante Rodríguez [a], poseedor de esos documentos, los medios necesario para ir á Europa, con el objeto de poner á disposición de la familia del Emperador Maximiliano esos preciosos manuscritos, el señor Rodríguez tuvo que demorarse en Cuba, adonde murió el 16 de Diciembre de 1867.

Sería deplorable que á esos documentos cupiere la misma suerte que la de los archivos secretos de que se dió

(a) Patricio Rodríguez, ayudante de entera confianza de Arellano. Días antes de que partiera éste á Veracruz, en camino para Europa, Rodríguez le precedió, llevándose consigo el equipaje y un legajo de papeles importantes acerca del Imperio.

Arellano vió morir de fiebre amarilla en la Habana á Rodríguez.

Este Rodríguez, con el comandante Pioquinto Clavería, adiestrados por Arellano, como se ha leído, desempeñaron buen papel en la comedia del pronunciamiento de la Ciudadela, en pro de la República, cuando el gobierno de Miramón, y la cual comedia produjo veinte mil pesos á Arellano.—(Nota de A. P.)

*Porque si no se encuentran  
papeles, no más pueden felicitarse sino los  
dijos, no es prueba histórica.*